

pérdidas materiales que ocasiona un accidente... Precios de vehículos de transportes, velocidades, móviles...

Ejercicios de diccionario: buscar semáforo, peatón, burladero, acera, calzada, vehículo, retrovisor...

Estudio de los Seguros y la Previsión.

La gasolina y los carburantes. Combustibles. El motor de explosión.

La vida humana. El depósito hecho por Dios al hombre y sus deberes para con ella. Estudio especial del quinto mandamiento de la Ley de Dios y sus aplicaciones prácticas al caso.

Nota didáctica.—La presente lección, técnicamente ajustada a los «pasos formales» herbartianos, supone una *unidad didáctica* de gran elasticidad. Es aplicable a todos los grados y sus implicaciones pueden durar semanas y aun meses. Su carácter genérico pretende hacerla válida para toda escuela primaria, párvulos inclusive, y aun para el cuarto período.

Resumen para el encerado.—La vida es el don más precioso que se puede soñar. La vida es maravillosa para los que saben vivirla.

Este tesoro que Dios nos ha concedido merece la pena cuidarlo bien.

Con los adelantos modernos en materia médica se evitan muchos dolores y enfermedades. Pero si los peligros de enfermedad han disminuido, en cambio, los accidentes de circulación han aumentado. Todos los periódicos traen a diario noticias de atropellos que causan la muerte o la invalidez a muchas personas.

* * *

No es que los vehículos sean malos en sí. Por el contrario, facilitan mucho el trabajo y la comodidad de los hombres. Están hechos para que vivamos mejor. Lo que sucede es que no usamos la inteligencia para evitar sus peligros.

Casi todos los accidentes se producen porque alguien—el conductor o el peatón—hacen algo que no se debe hacer. Porque no piensan o porque no saben. No obran como personas inteligentes.

Los animales no piensan ni saben lo que tienen que hacer para evitar el peligro. Por ejemplo, si se quiere que un animal no se ponga en peligro, se le ata o se le encierra.

Pero las personas somos diferentes.

No necesitamos que nos aten ni que nos encierren. Es bastante con que nos digan lo que tenemos que hacer.

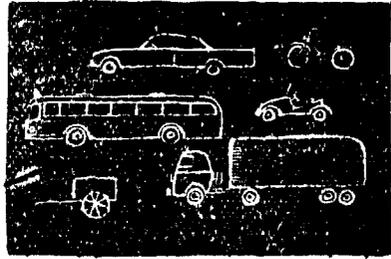
Lo que hay que hacer para no exponer la vida es conocer bien las señales de tráfico y el *Código de la Circulación*. Y tener la costumbre de respetar ambas cosas, que han sido dispuestas para evitar los accidentes.

Las señales de tráfico son de tres clases:

TRIANGULARES, que nos avisan de que hay un peligro. Son un aviso.

REDONDAS, que nos informan de algo que está prohibido. Son una prohibición.

CUADRADAS, que nos indican alguna cosa que nos conviene conocer. Son una información al conductor o al peatón.



El Código de Circulación es la recopilación de todas las normas para utilizar bien la vía pública. Disposiciones muy importantes y que hemos de recordar son éstas:

- 1.ª No abandonar nunca la acera sin necesidad.
- 2.ª Si hay que atravesar la calzada, hacerlo siempre de frente, nunca en diagonal, sin titubear, sin volverse atrás ni zig-zaguear.
- 3.ª Antes de cruzar la calzada, mirar bien a izquierda y derecha, y de nuevo a la derecha cuando se ha alcanzado el centro de la calzada, para asegurarnos de que no viene ningún vehículo.
- 4.ª Pasar deprisa, sin detenerse, pero sin correr.
- 5.ª No cruzar distraído, leyendo o jugando; ni llamar la atención de un amigo cuando está cruzando.
- 6.ª No hacer corros en las aceras ni entorpecer a los que van por ellas.
- 7.ª Mirar bien a las señales si las hay y a los agentes de tráfico si existen para hacer lo que nos dicen.
- 8.ª No subir o bajar de los vehículos en marcha.
- 9.ª En carretera, circular siempre por la izquierda.
- 10.ª Estudiar, conocer y cumplir las reglas del Código de la Circulación.

NOTA.—En el número 25 de *VIDA ESCOLAR* se incluye un amplio muestrario de señales de circulación.

Páginas selectas

INTELIGENCIA Y EXITO EN LOS ESTUDIOS Y EN LAS PROFESIONES *

Por G. LUTTE

El desarrollo de la inteligencia, la correlación que ofrece con el éxito escolar y profesional y con diversos aspectos del ambiente social y familiar, han suscitado numerosos estudios cuyos resultados son con frecuencia divergentes. ¿A quién puede extrañar esto? Basta pensar en la dificultad, casi en la imposibilidad de ofrecer una definición o, sencillamente, una descripción de la inteligencia, que pueda ser suscrita por todos los psicólogos. Esta dificultad fundamental se agrava todavía por la multiplicidad de las técnicas y de los medios empleados, por la variabilidad de las muestras sujetas a la medida, por la diversidad de los métodos, unos verticales, que se refieren a grupos de niños de distinta edad, otros, menos numerosos, longitudinales, que siguen a los mismos niños en su desarrollo.

En tales condiciones sería imprudente querer unificar resultados desemejantes, y algunos problemas generales, como el desarrollo de la inteligencia, parecen insolubles. Pero es posible rebajar nuestras pretensiones preguntándonos, por ejemplo, qué correlaciones existen entre un

determinado *test*, que se considera apropiado para “medir” la “inteligencia”, con algunas variables del ambiente, de la personalidad o de la ocupación. Se evitan así dificultades muy peligrosas, como las siguientes: ¿Mide el *test* la inteligencia? ¿En qué proporción? ¿De qué forma de inteligencia se trata? La solución de estos problemas interesa, por otra parte, mucho menos a la práctica que a la teoría. Para la práctica de la educación y de la orientación—palabras que expresan, no dos cosas distintas, sino dos aspectos de un mismo proceso—es especialmente importante conocer la correlación que existe entre los resultados de un *test* aplicado a sujetos bastante jóvenes y el éxito futuro en los estudios y las profesiones.

“Scottish Council for Research in Education” ha publicado un trabajo de John S. MacPherson (1) que expone los primeros resultados de un notable estudio longitudinal que todavía continúa y que proporciona a algunas cuestiones debatidas soluciones basadas en los hechos.

(1) *Eleven-Year-olds grow up, a seven-year follow-up of a representative sample from the 1947, Scottish, mental survey*. University of London Press. Londres, 1958, págs. XXIV-186.

* Publicado en *Orientamenti Pedagogici*, marzo-abril, 1960, páginas 377-381. Traducción de A. M.

Este estudio corresponde a las grandes investigaciones, ya que se emprenden en 1932 por el citado Consejo Escocés para las investigaciones pedagógica, que sometió a un *test* colectivo a 89.498 alumnos de once años de edad. En 1935-1937 se sometió a un *test* individual a una muestra representativa compuesta por 874 alumnos. Finalmente, en 1947, el Consejo reanuda el estudio de todos los niños de once años de edad (nacidos en 1939), recogiendo de casi 71.000 sujetos, además de los resultados de un *test* colectivo de inteligencia, un *dossier* social compuesto de 17 *itens* reunidos por los profesores.

Una muestra de 7.380 niños fueron sometidos a un estudio más profundo. Para poder determinar la relación existente entre los futuros progresos escolares y vocacionales de los resultados de este *test* de inteligencia, el Consejo decidió el estudio longitudinal de una muestra de 1.208 alumnos.

Esta masa de datos, pacientemente elaborada, da lugar a resultados que se consignan en tres capítulos:

1. Los aspectos educativos.

Los autores encuentran una correlación de 75 entre los resultados del *test* colectivo y los exámenes de paso de la escuela primaria a la secundaria (80 y más para el inglés cerca de 70 para la Matemática; lo que se explica por la naturaleza del *test*). Este examen de admisión determina en qué casos podrán ingresar los alumnos. De hecho, la media de los Q. I. de los chicos y de las chicas pertenecientes a diferentes cursos van disminuyendo de 133,5 a 80,5, según la jerarquía de los distintos cursos.

Para los cursos superiores de la escuela secundaria que comprenden cinco años y lleva a la Universidad, el 30,2 por 100 de los alumnos pasan a ella, pero sólo el 12,4 por 100 terminan y el 6 por 100 está en condiciones para el ingreso en la Universidad.

Basándose en el Q. I., el autor calcula la probabilidad que tiene un alumno de seguir estudios secundarios y de obtener el certificado que le permita ingresar en la Universidad. Un alumno que tiene un Q. I. de 115 (Terman Merrill) tiene un 50 por 100 de probabilidades de comenzar los estudios secundarios y necesita un Q. I. de 146 para tener las mismas probabilidades respecto a la obtención del certificado mínimo indispensable para ingresar en la Universidad.

Estas probabilidades se entienden a base de tener en cuenta solamente el nivel intelectual. Puede obtenerse un pronóstico más preciso teniendo en cuenta la personalidad y el carácter. Cuando los sujetos de estudio tenían catorce años se rogaba a los profesores que valoraran en cada uno de ellos seis rasgos de carácter (confianza en sí mismo, perseverancia, estabilidad de humor, conciencia de la responsabilidad, deseo de sobresalir y originalidad), en una escala de cinco grados. Según el autor, el estudio de los casos individuales ha demostrado que la valoración de la personalidad independientemente del Q. I., propor-

cionaba una excelente indicación de los futuros progresos.

Por consiguiente, un gran número de factores intervienen en los estudios de los alumnos, siendo la capacidad intelectual solamente uno de ellos.

2. Empleos.

La encuesta ha revelado que el 40 por 100 de los muchachos han continuado en su primer empleo, el 32,5 por 100 han cambiado una vez, el 11,5 dos veces y los otros tres veces o más. El estudio del primer empleo ejercitado por los muchachos revela una cierta correlación entre el Q. I. y las profesiones, aunque se dan muchas excepciones.

3. Aspectos sociales.

La investigación de 1947 había demostrado la siguiente relación entre la media del Q. I. y el número de personas por habitación (1: menos de una persona por habitación; 2: una persona por habitación y menos de dos; 3: dos personas y menos de tres; 4: tres y más personas):

Persona por habitación:	1	2	3	4
Media del Q. I.:	117,5	105,5	99,5	94,5

En 1954 la media del Q. I. ha bajado en todas las categorías:

112,5 103,5 96,5 91,5

Según el autor esto puede significar que los que se han elevado a una categoría superior eran superiores a la media del grupo que dejaron, pero inferiores a la media del grupo en que entraban.

Si se considera la dimensión de la familia en relación con la media del Q. I., se descubre una relación inversa entre la altura del nivel intelectual y la dimensión de la familia, aunque se dan bastantes excepciones.

Comparando la profesión de los muchachos con la de sus padres, se ve que la mayor parte de los hijos de trabajadores no manuales son trabajadores manuales, mientras poquitos hijos de trabajadores manuales se dedican a profesiones no manuales.

El peso de los factores sociales es muy grande en el éxito escolar. Para tomar un solo ejemplo digamos que para los muchachos que inician el curso secundario de cinco años y que tienen un Q. I. comprendido entre 110 y 150, las probabilidades de terminar dichos estudios son las siguientes:

Cuatro de cada cinco proceden de casas con tasa de habitaciones de 1.

Uno de cada dos proceden de casas con tasa de habitaciones de 2.

Uno de cada cuatro proceden de casas con tasa de habitaciones de 3.

Uno de cada diez proceden de casas con tasa de habitaciones de 4.



Vilanos



Hace cosa de un mes se ha rendido en Francia homenaje póstumo a René-Guy Cadou, Maestro de escuela, hijo de Maestro y gran poeta.

Suyos son estos pensamientos que ofrecemos a la reflexión de nuestros lectores: «Hay que estar solo para ser grande. Pero hay que ser grande para poder estar solo.»

«No concibo la poesía sin un milagro de humildad en su base.»

¿Sólo en la poesía?—preguntamos nosotros.

Una anécdota de René-Guy Cadou, salvable en este mundo pragmático y utilitario que nos inunda. La ha contado Pierre Mazars en el Figaro Littéraire, recogiendo de labios del interlocutor del poeta.

«Desde su ventana veía René un viejo molino de viento, más allá de los huertecillos donde estaba la ropa puesta a secar. Un día el poeta dijo al vecino:

—Hay un mirlo que se come todas mis fresas. Voy a matarlo.

Pocos días después el vecino le preguntó:

—¿Ha matado usted el mirlo?
—No. Era demasiado bello—contestó Cadou.»

* * *

Hay que elegir entre dedicarse al poder, al saber o al amor. (Al Amor con mayúscula, no al «amor» entrecorillado.) Pero elegimos, en realidad, las sendas de nuestra vida, o hay fuerzas que nos dominan y conducen a su sabor?

He aquí el problema ingenuo de la liber-